

habían hecho de la buena fe de la desposada.

A la hora de refectorio presentáronse ante el Guardián á decir la culpa y refirieron el suceso. El superior reprendiólos severamente y les mandó que pidieran perdón á la recién casada. Esta, al oírlos, repuso: que no tenían de que pedirle perdón, pues habían sido los enviados del milagroso paduano.



EN PAGO DE UNAS SANDALIAS

I

Frente á la casita del Niño Jesús, en Nazaret, vivía Isaac, un zapatero tan pobre como bueno, y digo zapatero, no porque entonces se usasen los zapatos, sino las sandalias, más cómodas, según el unánime parecer de los que tienen callos.

Isaac veía con embeleso al Niño, pues la divina hermosura de Jesús resplandecía en su rostro.

Algunas veces divertíase en la carpintería de su padre haciendo crucesitas de madera, é Isaac le tomó gran cariño á la Cruz.

Dábale lástima al compasivo zapatero, ver descalzo á aquel Niño, cuya soberana belleza le cautivaba.

Un día que Jesús pasaba frente á la casa de Isaac, éste llamóle con afabilidad.

El niño entró á la zapatería y dirigió á su vecino una sonrisa que le inundó de celestial regocijo.

—Hermoso Niño, díjole, ¿por qué no traes sandalias? Tus delicados pies deben sufrir mucho con las piedras de la calle.

—Mi padre José es pobre y no tiene con qué comprármelas, respondió el Niño con una voz tan dulce, que embelesaba el oído.

—Pon el pie derecho aquí, repuso Isaac, tirando un cuero al suelo. Voy á tomarte la medida para hacerte unas.

Y con extraordinaria celeridad, en unos cuantos minutos, el zapatero concluyó las sandalias del Niño Jesús.

II

Llegó el Niño á su casa, y regocijado mostró á su Madre el pie primorosamente calzado con las sandalias que le regaló Isaac.

—¿Quién te dió esas sandalias, hijo mío? preguntóle la Virgen Madre.

—El zapatero de enfrente.

—Supongo que le pagarías su caridad.

—Sí, Madre, allí le dejé revolcándose en su pobre lecho, herido por un fuerte dolor de muelas.

En efecto, apenas Jesús salió de la casa de Isaac, un agudísimo dolor de mue-

las postróle en cama: Estaba en un constante grito.

Por la tarde fué el Niño á orillas de la ciudad y púsose á jugar con los angelitos. Entre éstos descollaba uno por su gallardía y belleza.

—Oye, le dijo Jesús, ve á la casa de Isaac y dile al ángel de su guarda que te dé nota de sus merecimientos.

III

Abrió el ángel sus áureas alas y en un vuelo llegó á la casa del zapatero, y en otro estuvo de vuelta.

—¿Qué traes?

—Estos globitos de plata.

—Trae las balanzas, dijo Jesús á otro ángel.

Luego el Niño descalzóse, echó las sandalias en uno de los platillos y en el otro los globitos de plata.

El platillo donde estaban las sandalias casi no subió del suelo.

Estos globitos, dijo el Niño, son actos de paciencia, muy valiosos, pero valen mucho más las sandalias.

Al siguiente día el ángel llevó al Niño globitos de oro. El platillo de las sandalias subió pero no llegó á nivelarse con el de los áureos globos.

—Estos representan, dijo Jesús, las ben-

diciones que me dirigen los que sufren. Son valiosísimos, pero valen más las sandalias.

Al otro día llevó el ángel globitos de brillantes. Puestos en la balanza, el platillo bajó hasta el suelo.

Estos son actos de alegre conformidad con la divina voluntad, aun en medio de los más hondos sufrimientos. Ya están superabundantemente pagadas las sandalias y el caritativo Isaac maduro para el cielo.

Le llevarás al Seno de Abraham para que allí espere mi gloriosa resurrección y entre conmigo triunfante al paraíso.



MOLDES DE ANTAÑO Y MOLDES DE HOGAÑO

I

Muerto el padre de Victor Olvera, no quedaron á éste más bienes que un depósito de algunos miles de pesos, hecho en una fuerte casa de la capital de la República. Los gastos de una prolongada enfermedad y los malos negocios acabaron con los demás recursos del finado, que en un tiempo fueron de cuantía.

Victor, después de enterrar á su padre, á quien amó entrañablemente, y de guardarle los días de riguroso luto, reunió el dinero que le quedaba y partió á México con los documentos necesarios para recoger el depósito, y decidido á volverse á su tierra natal y establecerse en ella.

Con el ánimo contristado aún por la irreparable pérdida del autor de sus días,